

LA LEYENDA DE LOS LOBOS

# HISPANIA

Emílbdmíl

# SENDEROS DE HIELO

*A veces, por los senderos del hielo,  
frágil y desnudo,  
que cruje doliendo,  
hay almas que soplan con un cálido viento.  
Personas que asoman un breve momento,  
con el mismo pulso,  
en el mismo tiempo.  
Y cuando se alejan, porque en el sendero  
hay tantos atajos, y se van perdiendo,  
dejan en su huida ese toque tierno  
que arropa las noches  
frías y desnudas que traen los inviernos.  
Yo sueño nostálgica.  
Y ruego el momento  
que todo conjure hacia un nuevo encuentro.*

*Purificación Mínguez*

## *Fray Humberto Güy*

*Zamora, septiembre de 1539*

Los aposentos del cardenal de Zamora, Bonifacio de Fermoselle, eran impresionantes. Unas losas de mármol, traídas exprofeso de Carrara, realzaban sus paredes. Frente a uno de los dos ventanales y semiocultos en una hornacina, reposaban dos cálices de oro y una cruz decorada con pedrerías. A su derecha, bien ordenados en una caja de terciopelo granate, lucían una decena de anillos y varios crucifijos labrados en oro y plata.

La habitación del cardenal en nada se parecía a las celdas donde pernoctaban el resto de los frailes. En la pared cercana a su cama con dosel, un reputado artesano había tallado un retablo que rezaba a san Ildefonso. Decoró la madera con papel de oro.

Tras varias jornadas de viaje, y sin librarse del polvo del camino, Pedro Merino permanecía acomodado en un confortable sillón, cerca de la chimenea. Saboreaba un suave licor de guindas que sor Adela, el ama de llaves del cardenal, gentilmente le había servido.

Su intención era conversar con su ilustrísima. Un asunto de vital importancia lo había traído hasta Zamora. Al menos eso fue lo que le aseguró en la misiva que le envió la misma tarde que arrestaron a la familia Alcalá. No había tiempo que perder. Tenía tantas

ganas de verlas arder en la hoguera que hubiese vendido su alma al diablo. Y, quizá, eso es lo que estuviese a punto de hacer.

Para acelerar los trámites de tal encuentro, Pedro Merino añadió a la carta una preciosa sortija de oro engarzada con un rubí del tamaño de un garbanzo. Anillo que ahora relucía entre las joyas de la cajita de terciopelo.

—¡Querido Pedro! Dichosos los ojos que te ven. ¿Por ti no pasan los años? Sigues con ese porte tan juvenil. ¡Ay, amigo mío!, debo confesarte que envidio esa aura que trasmites, reflejo de tu enorme corazón —se sinceró el cardenal después de que el hidalgo se arrodillara y besara su ostentoso sello de oro.

Bonifacio de Fermoselle tenía escasa estatura y un andar encorvado. Rondaría los sesenta. En sus facciones destacaban las prominentes, abultadas y rugosas bolsas de sus ojos. Bajo su mentón gozaba de una excelsa papada que impedía que su cuello desplegara su frescura. Terminaba su aspecto con una insigne barriga, derivada de la renuncia a los ayunos que tanto exigía a sus discípulos.

—Amigo mío —dijo el cardenal—. Antes de nada, me veo en la obligación de felicitarte por tu nuevo cargo. Mi auxiliar me comenta que lo ejerces con aplomo y justicia. Dice que antepones los intereses de la Iglesia por encima de los tuyos propios. Eso te honra. ¿Qué tal el viaje? ¿Qué te parece el licor? —preguntó, saltando de flor en flor cual abeja melífera. En realidad, Pedro Merino sabía que el cardenal actuaba así porque no esperaba respuesta alguna, sino porque solo disfrutaba escuchándose a sí mismo.

Para la ocasión vestía una túnica dorada. La remataba con un escapulario, a modo de banda, de exquisito paño.

—El licor y vuestra compañía compiten en excelencia—agasajó Pedro Merino, incorporándose y aceptando el asiento que el cardenal le ofrecía.

—¡Qué adulator eres! —dijo zalamero Bonifacio. Sonrió y se dejó caer sobre el sillón situado frente al del hidalgo—. ¿Qué es eso tan importante que te ha traído hasta aquí? No, espera, déjame adivinar. —Bonifacio de Fermoselle levantó la palma de su mano derecha, como indicándole al hidalgo que le dejara unos segundos para pensar, aunque, en realidad, repasaba mentalmente los datos que le había proporcionado su secretario—. Tu intención es solicitar mi dispensa... pero ¿para qué? Veamos... creo que deseas desposarte con la viuda de tu sobrino —dijo de corrido el cardenal, acariciando la barbilla con la yema de sus dedos, dándose un aura de importancia.

—No, mi viejo amigo, es otro el motivo que me ha acercado hasta aquí. Aunque, esa idea suya..., quizá debiera estudiarla. —Pedro Merino dejó que una socarrona sonrisa se deslizara por sus labios.

—Como bien sabe vuestra eminencia —continuó el hidalgo— a partir de aquel aciago día que unos bandoleros asesinaron a mi querida Catalina, juré que respetaría duelo. El Señor es testigo que, desde entonces, no he estado con mujer alguna —mintió el hidalgo con tanta frialdad que era imposible no dar crédito de tal falacia.

—Más a mi favor, querido Pedro. Hace tiempo que vives solo. Sería bueno que buscaras el calor de una dama. Todo varón necesita de las atenciones y cariños de una hembra, salvo que, como yo, haya jurado celibato. Además, viejo truhan, tengo entendido que la viuda es una bella dama. En la iglesia sabemos proporcionar los medios para que esa unión merezca la aprobación divina.

Pedro Merino acompañó el no de su cabeza con un gesto de negación con su mano.

—No rechaces tan a la ligera la palabra de Dios, amigo mío. Ten siempre presente que nuestro Señor, en su enorme sabiduría, creó a la mujer para que esta se sometiera a la voluntad y cuidados del

varón. Hasta el día de su muerte. Sin reproches ni ambigüedades. Así lo dictan las Sagradas Escrituras —sentenció el cardenal.

—*Esposas, sométanse a sus propios esposos como al Señor. Porque el esposo es cabeza de su esposa, así como Cristo es cabeza y Salvador de la Iglesia.*

—Pedro Merino, con aire catedralicio, declamó ese pasaje de la Biblia.

—Efesios, 5:21 —matizó con gratulacion el cardenal, inclinando hacia un lado su cabeza en señal de aprobacion—. No has olvidado tus estudios bíblicos.

—Cómo iba a hacerlo. Y no tema usted, eminencia, si el señor tiene a bien obsequiarme con una dama, no dude que solicitaré vuestro beneplácito. Pero, por ahora, mi petición navega más en buscar justicia que en vencer la soledad en que me veo envuelto. Además, querido Bonifacio, estoy aquí, hablando con vos, porque la justicia que busco no es la de los hombres, sino la divina, y esa solo usted y Dios pueden concedérmela. —Al nombrar al Creador, elevó los ojos al cielo.

—Entonces, es grave el asunto que te trae hasta aquí.

—Eso creo, eminencia.

Pedro Merino tomó un soplo de aliento de forma exagerada, queriendo aumentar con ello la gravedad de lo que a continuación iba a añadir.

—Mi alma se debate en un extraño duelo.

—Explicate, que te has ganado mi interés.

El cardenal chasqueó los dedos y sor Adela, que había permanecido semioculta en un rincón, se adelantó con una botella de fino vidrio, vertió su néctar en las copitas de ambos contertulios y se retiró a su esquina.

—Gracias hermana —agradeció Bonifacio de Fermoselle. Junto las manos, como si a cada palabra que esperaba escuchar le siguiese un rezo.

—Hace años —comenzó a decir Pedro Merino—, la fortuna tuvo a bien regalarme con un varón, Benjamín —el cardenal asintió y dio un traguito. —Aunque hice ver que era sangre de mi sangre y siempre lo traté como a un hijo, en realidad descendía de plebeyos. Estos me aseguraron que les era imposible mantenerlo, que de seguir con ellos moriría de hambre. Mi esposa, que era una santa— Pedro Merino aprovechó para santiguarse—, por hacer un favor a esa criatura, decidió acogerlo en su seno y criarlo como si fuese de nuestro linaje, incluso fingimos el parto. Por aquel entonces ya teníamos otro varón, Rodolfo, algo que su ilustrísima ya conoce.

El cardenal asintió a pesar de desconocer el árbol genealógico del hidalgo. Aunque lo llamara amigo del alma, habían coincidido en contadas ocasiones. Si decidió aceptar su visita fue por el sortijón que acompañó a su misiva.

—Este fue un hecho altruista y pleno de bondad misericordiosa por parte de mi esposa —continuó el comendador.

—Algo que os engrandece el alma —añadió el cardenal, realizando la señal de la cruz y posando su mano libre sobre los nudillos del hidalgo—. Pero, por favor, continúa.

—El niño creció sano y fuerte, y le dimos tanto amor como pudimos. Hasta que una aciaga tarde, unos bandoleros, capitaneados por una enviada de Satanás, la misma plebeya que años atrás nos imploró que lo criáramos, nos lo arrebataron.

El cardenal se escandalizó, más que nada, porque era lo que tocaba. Vertió, sin querer, parte del contenido de su copa en el suelo. Con soltura, como si fuese un gesto habitual, dio un chasquido con los dedos. La monja se acercó presta y sumisa. Limpió el desaguisado y le rellenó la copita. Seguido, recuperó su posición en el rincón, donde permaneció muda y con la cabeza gacha.

—Por lo que se ve, eminencia, esa apóstata hizo un pacto con el Diablo. Un acuerdo de sangre y fuego que buscaba que la

fortuna la sonriera. Y así, con engaños y malas artes, embaucó a la familia Gallo para que la aceptaran en su hogar, cediéndola incluso su apellido. Pero, mi eminencia, su riqueza procede del mal. La obtuvo de robar las acémilas de la Iglesia, de asaltar las caravanas de justos y probos comerciantes, y lo hizo en compañía de unos bandoleros que se hacían llamar los *bocinegros*.

—Y esos hidalgos, los Gallo, ¿no descubrieron su maldad?

—En absoluto, eminencia, los Gallo siempre fueron gente de moral intachable que creyeron sus embustes. No debemos olvidar que quien nace con la ruindad por almohada, morirá ruin. Razón por la cual, esta bruja se unió a ciertos advenedizos montaraces buscados por el Santo Oficio. Juntos cometieron incontables delitos. Fueron ellos quienes asaltaron la Iglesia de Moradillo de Sedano. Se llevaron, no solo la lana que allí guardaba el marqués de Aguilar, sino también las reliquias del santo y las vidas de quienes las custodiaban. Antes de partir prendieron fuego a la iglesia.

El cardenal se santiguó. El hidalgo le imitó.

—Estos bandoleros—prosiguió Pedro Merino—, lunas más tarde, cuando al fin descubrí su trampa, y ante el temor de que los denunciara a la Santa Inquisición, tuvieron la desvergüenza de asaltar mi hacienda. En esa batalla fue cuando dieron muerte a mi fiel esposa, Catalina, y también en ella perdí a mi leal capitán, Álvaro López de Lozoya.

» Antes de dejar Piscaria, estos seguidores de Lucifer animaron al populacho para incendiar mi palacete. Fue en ese asalto cuando, llenos de *inmiseria* e inquina, secuestraron a mi Benjamín. Pero su mayor desfachatez y muestra de sumisión al Señor de las Tinieblas fue el contubernio que promovieron.

El cardenal se llevó la mano a la boca, escandalizado por cuanto le había contado su *viejo amigo*. El crédulo se tragó todas las patrañas que los labios del hidalgo escupieron.

—¿Qué intriga fue esa? —preguntó curioso y ansioso por conocer tal infamia.

Pedro Merino lo tenía justo donde pretendía, ensimismado en su historia.

—Mi excelencia, esta bruja casó a mi hijo con su hija.

El cardenal quedó tan extrañado como desconcertado, pues por muy grave que fuera, no veía que una boda atentara contra las enseñanzas del Cristo Redentor.

—Mi querido Pedro, esto que me cuentas es muy grave, y a fe mía que la bruja y sus secuaces merecen la muerte. Pero esos asuntos son más bien tarea de un juez civil. ¿Qué pinta la Iglesia en todo esto?

—Ahí quería yo llegar, excelencia. Como ya os dije, esa bruja, la jefa de ese clan de bandoleros, era la misma plebeya que me vendió a su hijo. Por lo tanto, ese matrimonio fue antinatura, se realizó entre hermanos. Para más inri, se casaron sin el consentimiento de la Iglesia y al amparo de las leyes de Satanás.

—¡Incesto! ¡Blasfemia! ¡Herejía! —exclamó el cardenal, indignado. Abrió los ojos cuanto le permitieron sus órbitas y enarcó las cejas más allá de la frente. Por momentos casi vuelve a tirar la copita de licor —Haces bien en advertirme de tal sacrilegio.

—Herejía, mi ilustrísima. Una burla contra el mismísimo Sacramento. Por eso, en cuanto lo supe, avisé al prelado del Papa quien, sagazmente, decidió enviar al obispo Emilio Tabares para juzgarla.

—Buena elección. Monseñor Tabares es un siervo muy eficiente, de seguro obtendrá la confesión. Pero... mi querido Pedro, ¿no veo qué puedo hacer por ti?

—Eminencia, no me malinterprete usted por lo que voy a decirle. El obispo Tabares merece todos mis respetos, pero temo que no sea suficientemente hábil a la hora de sonsacar la confesión.

—Explícate mejor.

—Nos enfrentamos a una familia de brujas, adoradoras de Satán, seres que, al igual que los judíos, emplean en sus rituales la sangre de nuestros hijos. Por ese motivo... había pensado que... quizá usted tuviera a bien, dado su enorme corazón cristiano y su influencia en Roma...

—Vamos, hombre, termina ya, que me tienes en vilo.

—He creído que usted bien podría solicitar los servicios de fray Humberto Güy.

—¿Tan grave es? —preguntó el cardenal, volviendo a santiguarse. Elevó sus ojos al cielo y dio un pequeño respingo sobre el sillón.

—Me temo que sí, eminencia. Además, mi querido Bonifacio, para serte del todo sincero —Pedro Merino comenzó a tutearle capciosamente—. La verdadera razón por la que me ha atrevido a acudir a ti, es porque estos infames van gritando a los cuatro vientos que...

—¿Qué? —preguntó. Había provocado que saltasen todas sus alarmas.

—Algo que comentan de ti.

—¡De mí! ¿Qué puede decir de mi persona esa bruja?

Pedro Merino se tomó unos segundos. Elevó la vista al techo donde unos frescos repletos de ángeles y querubines cubrían su superficie.

—Ruego perdones lo que voy a decirte. Esta bruja va diciendo por ahí que mantienes una relación con una hija bastarda que concebiste fruto del pecado. Una descendiente que ocultas al mundo, una menor de apenas catorce primaveras.

—¡Santa María! ¡Madre de Dios! —exclamó el cardenal toda vez que no cesaba de santiguarse. No porque ese rumor fuese falso, sino porque él creía guardar ese misterio en lo más profundo de una sima, en un lugar donde nadie fuera capaz de descubrirlo.

*¿Cómo se habrá enterado esa bruja?*, se preguntó el cardenal, elevando los ojos a ese techo plagado de ángeles.

Sor Adela dejó escapar una sonrisa que apenas traspasó su velo de tul.

—Por supuesto, eminencia —se anticipó Pedro Merino recuperando el tratamiento—, todos sabemos que esa vileza no es más que una burda patraña, inventada por el Diablo y sus acólitos. Pero debemos andar con cuidado porque todo rumor, si no se detiene a tiempo, si se deja correr, de seguro acarreará daño y merma en el honor.

Antes de que Pedro Merino abandonara los aposentos y para asegurar y agilizar la ayuda del cardenal, el hidalgo añadió, con voz seria:

—Su ilustrísima, quisiera pedirle un último favor.

Pedro Merino se acercó a la puerta doble y, despacio, abrió una de sus hojas. Pretendía crear el clímax necesario para atraer así la atención del cardenal. Del claroscuro del pasillo asomó la figura de una dulce muchacha de pelo largo y trenzado. Apenas tendría quince años. Caminaba cabizbaja. La joven se acercó al hidalgo y este la tomó de la mano. Juntos atravesaron el umbral.

Sus mofletes lucían enrojecidos de inocencia, quizá presa de su desbocada timidez o tal vez sabedora del futuro que la esperaba.

—Por favor, eminencia, le estaría eternamente agradecido si su ilustrísima tuviera a bien confesar a mi sobrina.

Bonifacio de Fermoselle, cardenal de Zamora, miró a la niña con complacencia y ojos lascivos.

*¿Qué bien me conoce este tunante?*, murmuró para sí.

—Cómo no iba a confesar a este ángel —dijo el cardenal, acercándose a la niña—. Bien sabes, querido Pedro, que por un amigo haría lo que fuese menester. En cuanto al asunto que nos confiere —dijo pasándole el brazo por el suyo y acompañándolo hacia la puerta—, déjalo en mis manos. Esta misma tarde, antes del toque

de vísperas, te prometo que enviaré a mi mejor correo al obispado para solicitar los servicios de Güy. No consentiré que se viertan blasfemias contra un ferviente defensor de nuestra Santa Madre Iglesia y menos que se empañe la gloriosa labor de los mártires y apóstoles que dieron su vida por la fe en Cristo. Hombres como tú y yo, que lucharon contra quienes reniegan de los dogmas de la fe cristiana. No son más que herejes. Paganos que emplean las mentiras, anegando las almas de los feligreses de blasfemias.

El hidalgo abandonó los aposentos de Bonifacio de Fermoselle con una amplia sonrisa en sus labios. Por su parte, el cardenal no perdió el tiempo. Chasqueó los dedos y ordenó a sor Adela que les dejara a solas. Tenía que confesar a un ángel.

## *El castillo de la Inquisición*

A muchas jornadas de Zamora, un carromato, reforzado con barrotes de hierro oxidado y traviesas de madera, transportaba a tres prisioneros. Su pecado había sido amarse según cánones diferentes a los que marcaba la Iglesia Católica. Su acusación: Incesto, delito al que el dominico que conducía el carro se encargaba de añadir otros muchos, a medida que pasaban por castros y poblados importantes, gritando a pleno pulmón: *Acérquense y vean a estos impíos, adoradores de Satanás. Sacrílegos que copulan con animales. Caníbales que se alimentan con las entrañas de vuestros hijos. Herejes que, en sus ritos y misas paganas, beben de la sangre de recién nacidos, inocentes y débiles criaturas.* En el siguiente pueblo añadiría un nuevo exabrupto.

Al oír esto, los aldeanos, escandalizados por tales felonías, más propias de endemoniados, arrojaban a los prisioneros todo tipo de verduras y frutas podridas, amén de trozos de boñiga y alguna que otra piedra camuflada en ellos.

Los prisioneros no podían hacer nada, solo esquivar esas flechas envenenadas de miseria.

—¡Malditos bastardos! ¡Cobardes! No seríais tan valientes si tuviese mi acero —les increpaba Anabel.

—No te canses, amor mío, esta chusma nada entiende, pues su mente vive embotada, ebria de odio y mentiras. —Trató de calmarla Benjamín. Le hubiera gustado poder recogerla entre sus brazos, pero las cadenas se lo impedían.

—¿Cómo son tan estúpidos de creerse tales patrañas? —insistió Anabel.

—Porque su fe es ciega. Les han llenado el corazón de odio y cuando quien gobierna la mente de los hombres es el resentimiento, la sinrazón y la mentira triunfan sobre la verdad. Aunque lo vieran con sus propios ojos, nunca lo creerían, prefieren abrazarse a sus mentiras, disfrutan viendo herejes y demonios que devoran a sus hijos por doquier —añadió Fátima, que mostraba un rostro macilento por la falta de aseo y comida.

Además de sucios, por los restos de podredumbre, barro, mierda y el polvo del camino, el rostro de los prisioneros se mostraba enjuto por el hambre. Desde que partieron de Burgos apenas les habían dado un mendrugo de pan duro conque alimentar a su estómago. Llevaban varias jornadas viajando sin cuartel, solo deteniéndose en los pueblos de cierta importancia, escoltados por un pelotón de diez soldados, bien pertrechados. Sobre lo alto de sus picas lucía el estandarte del Santo Oficio, lo que provocaba más temor que admiración entre la plebe.

Tras demasiadas jornadas de camino, la comitiva se detuvo frente a la puerta de un castillo, una fortaleza otrora propiedad del Reyno de Cuenca, pero que, en esas fechas de persecuciones y barbarie, compartía destino con la Santa Inquisición. El castillo en cuestión se alzaba en lo alto de una peña, sobre la Hoz de Huécar, en la zona más escarpada y abrupta del terreno. Era inexpugnable. Era imposible huir de sus muros y cualquier vano intento de salvar a los presos que allí encerraba, terminaría en fracaso.

Escondidos en lo más profundo de la roca y atrapados en la penumbra, se hallaban los calabozos, cuartuchos oscuros, húmedos, fríos. Si posabas el oído en cualquiera de sus paredes, escuchabas el eco de los lamentos de cientos de inocentes, infelices que perdieron sus vidas entre esos muros de piedra. Muchos murieron en la horca, otros en la hoguera, algunos lo hicieron por la falta de alimento, e incluso hubo quien pereció víctima de la plaga de ratas. Tal y como afirmaría Píndaro, un famoso reo judío, uno de los pocos que se libró de esa muerte segura: *Convivíamos con unos «animalejos» de hablar chirriante, grandes como conejos, que cuando podían, te robaban la comida. Si es que podríamos llamar comida a esas gachas elaboradas con sebo y agua tibia que nos arrojaban dentro de las celdas.*

Cuando el carromato se detuvo, dos guardias, a empellones, sacaron de esa cárcel ambulante a los miembros de la familia Alcalá y los condujeron al interior del castillo. Anduvieron por pasillos estrechos y húmedos, descendieron por escaleras interminables y angostas, faltas de luz, respirando un aire tan viciado y rancio que a Fátima le provocó una arcada. En lo más profundo de esa cárcel, los arrojaron a unas húmedas celdas y tardaron muchas jornadas en regresar.

Anabel, Fátima y Benjamín permanecieron aislados, sin más visitas que las de las ratas, con escasa agua y racionando la comida. Nadie limpiaba sus excrementos. Esa era la estrategia de bienvenida que empleaba el obispo Emilio Tabares, regidor del castillo, con el objeto de ablandar el alma de aquellos desgraciados que caían en sus manos. Para más tarde dejaba los cruentos interrogatorios.

El obispo disponía de una sala dotada de sofisticados instrumentos de tortura que garantizaban la rápida, y siempre a gusto del inquisidor, confesión de los interrogados. Pero los Alcalá estaban hechos de otra pasta, más dura que la roca. Eran gentes rudas,

obstinadas y luchadoras, pero, ante todo, se sabían inocentes y eso siempre otorga una resistencia añadida.

Los calabozos ocupaban cuatro pisos de los subsuelos, rozando el corazón de la montaña. Sus celdas, plagadas de mugre, moho y lamentos, se distribuían a lo largo de estrechos y sombríos pasillos. El calabozo donde encerraron a las dos mujeres constaba de un jergón con más pulgas y chinches que paja y un recipiente donde les echaban la escasa comida. Un cubo ennegrecido por el pasar del tiempo. Al fondo, un agujero que se suponía era donde debían expulsar sus excrementos, permanecía atorado, con montones de mierda pincelando su perímetro. La celda medía no más de cuatro por tres varas. El techo, demasiado bajo, tanto que apenas permitía a los reclusos mantenerse erguidos. Un pequeño orificio en uno de los muros, reforzado por gruesos barrotes de hierro oxidado era su única y escasa ventilación. Al menos servía a los reos para conversar entre las celdas.

Poseía una única abertura lateral, protegida por una doble verja de hierro. Esta oquedad permitía la entrada de la escasa luz que provenía, no del exterior, sino de otra hendedura situada en otro pasillo, un poco más grande, tallada en los mismos muros del castillo. Habían fijado sus muñecas y tobillos con sendos grilletes de duro acero.

En la estancia contigua, se hallaba Benjamín.

En esas cárceles, de tanto escucharlo, hasta el silencio se convertía en murmullo. Era como vivir en los camarotes del infierno que Dante describiera con preciso detalle siglos atrás y, quizá, en ellos se inspirara el maestro cantero que construyó tal encrucijada de pasillos y mazmorras.

—¿Cómo te encuentras, madre? —preguntó Anabel.

—Todo esto es por mi culpa... —respondió Fátima, sumida en la tristeza. Se sentía culpable de cuanto había acontecido.

—¡Calla! —Anabel la cortó en seco—. Madre, el único culpable de cuanto nos ocurre es Pedro Merino. Nunca lo olvides. Él y su piara de cerdos con sotana son quienes debieran estar aquí encerrados. No te fustigues madre, tú hiciste lo correcto, lo que cualquier mujer que busca la felicidad para sus hijos hubiese deseado. ¿Acaso crees que mis sentimientos serían diferentes si habría estado al corriente de que, de quien me enamoraba, era mi hermano? No, madre, tú bien sabes que no.

» Era nuestro destino. Nadie puede jugar a ser dios, y menos esas falsas cucarachas, con sus miserables leyes que ellos mismos infringen, un día sí, otro también. ¡A la mierda con la hipocresía de la Iglesia! ¡Al Diablo con su Dios! Si nosotros perteneciéramos a la nobleza y nuestra sangre se viese azul y no roja, te aseguro, madre, que no estaríamos aquí encerrados, ni hubiesen puesto impedimento alguno a nuestra boda.

» No hace muchas lunas el papa Pablo III se ha casado con su hija Constanza o, antes que él, el pontífice Alejandro, ¿no se desposó con su propia descendiente, Lucrecia Borgia? Dime, madre, ¿has visto, acaso, al cardenal de Zamora renegar de su amante, su hija bastarda, una niña de apenas catorce primaveras?

» No, madre, no es nuestra culpa. Si hubiésemos profesado su fe y pagado su canon, seríamos libres, pero nos odian por el mero hecho de que somos pobres. Madre, esta gente teme y recela de lo que desconoce. Lo único que buscan con tal pantomima es quedarse con todo nuestro patrimonio y de paso salvaguardar su podrida conciencia. Solo creen en un dios, el oro. Atesoran una única fe, acumular riqueza. El oro y el poder son quienes mueven sus actos y su codicia.

—Aunque razón no te falte, eso ahora carece de importancia. Estamos encerrados en la cárcel de Cuenca y nadie abandona estas celdas si no es para acompañar a la Muerte. Perdona mi franqueza... —se lamentó Fátima.

—Madre, bien sabes que no tengo miedo a la muerte, mi abuelo me enseñó a vivir con ella como compañera, a compartir las desdichas y las glorias al amparo de su sombra. La muerte es mi inspiración. Es quien da significado a mi vida y hace que merezca la pena disfrutarla. Si no lauviésemos respeto, ¿qué sentido tendría vivir? —replicó Anabel, orgullosa de su estirpe *bocinegra*—. Lo que me enerva es la cobardía de estas gentes. Son ellos quienes merecen sus propios castigos. Si tengo que morir, que así sea, pero no de esta forma y en manos de estos miserables cobardes.

—No perdáis la esperanza —se escuchó la voz de Benjamín filtrándose por la pared—. Recordad que nuestro Juan está a salvo y Juliana, y los hermanos Padilla. Podemos sentirnos solos, pero no lo estamos. No perdamos la fe en ellos, estoy seguro de que invertirán hasta su último aliento en rescatarnos. Tenemos que ser fuertes y soportar a cuanto tormento nos sometan. Algo me dice que pronto veremos el sol.

Aunque sus palabras eran alentadoras y trataban de resucitar el ánimo en su mujer y en su madre, en su fuero interno sabía que escapar de esos muros de los que ni tan siquiera las almas de los muertos eran capaces de huir, era cuando menos imposible.

—Recuerdo aquel día de carnaval. Anabel, estabas preciosa y tú, madre, fingiendo ser una dolida viuda —continuó Benjamín.

El silencio se trocó en risas.

—Centrémonos en las muchas vivencias de las que podamos estar orgullosos y dejemos que el destino decida, de poco vale lamentarse por lo que ha de llegar. Confiemos en nuestros amigos, darán sus vidas por salvarnos.

Esas palabras obtuvieron su premio, ya que levantó el ánimo de las dos damas. Continuó enumerando recuerdos, debía ser fuerte si quería que su madre y esposa no se vinieran abajo, aunque sabía que, si existía alguien que nunca se rendiría, esa era su mujer. Anabel era tenaz, quizás la persona más dura y obstinada que

jamás había conocido. ¡Qué orgulloso estaba de ella! ¡Qué dichoso se sentía por haberla desposado!

—¡Chsss!, alguien se acerca —murmuró Anabel. Solo ella era capaz de escuchar el leve roce de unas pisadas en la distancia. Su niñez en la cueva del desfiladero le había agudizado los sentidos.

Segundos más tarde, tanto Fátima como Benjamín escucharon el rechinar de unas botas al rozar contra la mampostería.

—Empezaremos por este —señaló el obispo a uno de los carceleros. El soldado tenía el gesto torcido, fruto de una reyerta con cierto preso que terminó por rasgarle el labio con una lasca de piedra.

Los goznes de la puerta rechinaron y un soplo amargo penetró en la celda. El carcelero olía a odio y miseria. Benjamín se incorporó, orgulloso, desafiante, con la mirada altiva, a pesar de la delgadez y debilidad por la falta de alimento.

El carcelero abrió la puerta. Se acercó al reo y lo golpeó con dureza en el vientre.

—No *tiene* *motivo* para *estar* tan alegre —le habló, falseando las eses por culpa de la herida de su labio—. *Vamos*, perro, camina, el *obispo* tiene una *sorpreza* para ti.

## *El Purgatorio*

Mientras llevaban a Benjamín a esa celda especial donde tendría una cita con el obispo y sus satánicos instrumentos, dos guardias conducían a Anabel y Fátima hacia la zona sur del castillo. Recorrieron el pasillo entre penumbras hasta que llegaron a una escalera de caracol. Ascendieron los peldaños de piedra y desembocaron en otro pasillo, algo menos lúgubre que donde se hallaban recluidas.

Desde el ventanal que daba a oriente se divisaba el patio de armas. Un murete de piedra, de algo más de media vara de altura, separaba ese espacio en dos zonas claramente diferenciadas. De su base nacía una valla elaborada con barrotes de hierro rematados con afilados rejonés.

En su explanada meridional una decena de presos caminaba en procesión. Lo hacían con andar taciturno, sin apenas levantar los pies del suelo. De vez en cuando, algunos elevaban la cara hacia el cielo, permitiendo que la tenue luz del amanecer les refrescara la piel. Otros, los más desafortunados, circulaban cabizbajos, con el cuerpo amoratado y las llagas supurando hiel.

Había días que la suerte los acompañaba y las nubes se desprendían de su carga de agua, la cual caía sobre sus cabezas. Era

entonces cuando abrían sus bocas y llenaban sus gáznates con ese líquido que les sabía a gloria y que les devolvía parte de su vida perdida. Aprovechaban esos momentos para refrescar y limpiar sus ropajes. De paso también se liberaban de las pulgas y chinches que moraban entre las costuras de sus alcandoras de esparto.

La parte norte estaba desierta. Hacia allí llevaban a las dos damas.

—Ya conoces las órdenes de monseñor—dijo uno de los soldados.

—Me compadezco de ellas. En el *purgatorio* se las van a merendar (así llamaban los carceleros a esa área) —añadió su compañero, sabedor del tipo de prisioneros encarcelados en ese sector tan apartado del patio de Armas. Una zona reservada para los más cruentos y sanguinarios. Reos condenados a vagar entre esos muros hasta que la muerte tuviera a bien llevarlos consigo. Gentes que ya no tenían nada que perder. Por suerte para Fátima y Anabel, en esos momentos el recinto se encontraba vacío, libre de esa plaga. Esto les permitió pasear y disfrutar del frescor de esas tempranas horas y de los escasos rayos de sol que se filtraban a través de las nubes.

Bastó con que uno de los presos que caminaba por el otro lado del vallado se percatara de su presencia para que todas las retinas se posaran en ellas. Algunos se detuvieron frente a la empalizada, apretando sus caras contra los hierros.

No habían transcurrido ni cinco minutos, cuando un halo de terror impregnó el ambiente. De una de las puertas del fondo emergieron dos individuos de aspecto cadavérico. Portaban barbas de varias lunas que ocultaban parte de sus cicatrices. Su vestimenta poseía más mugre que lana.

Se detuvieron bajo en umbral, rezumando bilis. Uno de ellos, al que le faltaba una oreja -seguro que producto de alguna pelea o una tortura que se le fue de la mano al inquisidor- se restregaba

con insistencia sus partes. Al mismo tiempo movía su lengua como un chucho hambriento ante un pedazo de hueso. Su mirada inspiraba miedo. De profundos ojos, llenos de odio y sinrazón, que no tardaron en clavarse en las dos débiles damiselas.

El obispo había hecho un pacto con ellos. *La promesa de libertad para quien fuese capaz de doblegar a cualquiera de esas dos escuálidas doncellas*. Los condenados, entre risas, habían aceptado tal oferta. Dos fornidos montañeses contra dos débiles campesinas. ¡Qué podría fallar! Además, ¡no tenían nada que perder!

Los dos presos se miraron, optimistas, ebrios de júbilo, pues palpaban la libertad en sus poros. Por sus corrompidas mentes desfiló una misma idea: tenían ante sí a dos doncellas que bien les servirían para alegrarles el día. Tiempo habría de partirles los huesos. Además, tenían el beneplácito del obispo. Podrían hacer con ellas cuanto desearan, siempre y cuando el final fuese el pactado.

Tardarían poco tiempo en darse cuenta del error que habían cometido. Estas no eran dos mujeres cualesquiera, sino dos hijas del desfiladero de los Hocinos, dos *bocinegras*.

Anabel leyó en sus miradas las intenciones que traían.

—¿Quién de vosotras será la primera? —dijo con sorna uno de ellos, aquel al que le faltaba su oreja izquierda. Soltó esa frase relamiéndose los labios y frotándose las manos. No paraba de enseñar sus malolientes piños que acompañaba de una sonrisa lasciva.

—Déjame a la joven, me gustan las carnes tersas —rió su compañero, apartándolo de un suave codazo. Le guiñó un ojo.

Fue entonces cuando se separaron. Uno se dirigió hacia Anabel y el otro, en dirección contraria. Ambos abrieron los brazos, pretendiendo con ello ganar más espacio y que así su presa no pudiese huir.

—Madre, estos son míos. Relájate y disfruta —le susurró Anabel a Fátima, mientras la apartaba tras de sí.

—Hija, el obispo está espiando desde la ventana, aquella de los cortinones —añadió Fátima, señalando con sus cejas hacia al segundo piso—. Haz el favor de ofrecerle un buen espectáculo, algo que no olvide mientras viva.

—No se preocupe, madre, innovaré un poco —respondió Anabel adelantándose unos metros y abriendo sus brazos como si fuese una osa defendiendo a sus cachorros.

—Mira, la tuya quiere guerra— dijo el desorejado.

—Me gusta que pongan resistencia, aunque, siempre, después del tercer puñetazo, se muestran más sumisas.

Una carcajada atronó en el patio de Armas.

Mientras tanto, unas ensortijadas manos asían los cortinones de ricos bordados y fijaban sus retinas en las dos damas. El obispo se llevó una copita de licor a los labios y dio un corto sorbo. Risueño y orgulloso del futuro éxito, observó el espectáculo.

—No tardes mucho, hija, que empieza a refrescar —dijo Fátima levantando cuanto pudo la voz para asegurarse que esa mofa llegaba al ventanal—. Demuéstrale a esa cucaracha de Tabares de qué estamos hechas.

El obispo escuchó la mofa. Se mordió el labio y apretó con fuerza el cortinón. Un halo de vergüenza sonrojó sus mejillas, igualando el mismo color que el licor que saboreaba a cortos tragos.

*Veremos quién ríe el último*, se dijo. Mientras tanto, los presos del otro lado del patio de Armas se congregaban frente al vallado. Un espectáculo así no ocurría a menudo. Incluso, alguno se atrevió a vitorear a la débil damisela.

—¡Vamos, pártale el cuello a ese rufián! —gritó, sacando unos ¡vivas! a los demás reos.

Para cuando los guardias de la Inquisición que vigilaban desde las torretas bajaron al patio, con la excusa de restablecer el orden, los dos *enmachados* yacían en el suelo. Uno, se retorció de dolor y el

otro, navegaba por los mundos de la Parca. A Anabel le bastó propinar un codazo en la mandíbula del *desorejado* y dos certeras patadas, una en la cabeza y la otra, la mortal, en salva sea la parte, para que ambos personajes terminaran mordiendo el polvo.

El más afortunado fue el *desorejado*, quien yacía, cuan largo y desarrapado era, con el maxilar reventado. De seguro no volvería a comer algo sólido en lo que le restara de vida.

Por otro lado, su acompañante, ese fiero malandrín, el mismo que escupió amenazas de muerte y promesas de pasión desenfrenada, apenas duró tres segundos. Fue la primera patada en la entrepierna la que terminó con su existencia. Pero antes de desfallecer, un grito agudo escapó de su garganta. Su hombría y su vida ya eran historia. Mientras caía, muerto, Anabel descargó su segunda patada, la que certificó su partida a los infiernos, esparciendo su orgullo por el empedrado. No le dio tiempo ni de arrepentirse de tal osadía.

Esta segunda patada levantó una algarabía entre los presos que contemplaban el espectáculo. A fe mía, que les gustó el desenlace final. La apoteosis llegó cuando uno de ellos reconoció a Fátima.

—¡Esa es la Morita!, ¡La Morita! —repetía una y otra vez, acercándose a cada uno de sus compañeros, orgulloso de conocer a tan singular dama. De paso se convirtió en el centro de atención. Primero fue un murmullo que, poco a poco, como el trueno de una tormenta, se transformó en clamor.

Desde el alto, oculto tras los cortinones, el obispo se rasgaba el alma. Sus planes, no solo habían fracasado, sino que la presencia de Fátima era ahora conocida por todos los prisioneros. Esto les daría algo que jamás él hubiese deseado: esperanza.

—¿Eso es cuánto tienes, monseñor? —gritó Anabel, desafiante, fijando sus ojos en ese ventanal de cortinones granate. Miró hacia arriba, provocadora, no sin antes posar su pie sobre el cuello del *desorejado*. Este emitió un gemido de dolor.

La patrulla llegó instantes después, demasiado tarde. A punta de lanza se llevaron a las dos damas, entre los vítores de los demás reclusos. Sin quererlo, el obispo había cargado con pólvora un mosquetón que ahora desfilaba en manos de sus prisioneros. Lejos de doblegar el ánimo de las dos damas, lo que consiguió con su astuto plan, fue avivar las llamas de la revuelta dentro de su castillo. Sin pretenderlo, había elevado a las dos *bocinegras* al rango de heroínas. Justamente eso, era lo que menos necesitaba. Sobre todo, si en pocas jornadas arribaría al castillo el inquisidor, Humberto Güy. Debido a que su llegada era un secreto, tal noticia se había propagado como la peste, atravesando incluso los muros de esa cárcel.

*¡Humberto Güy, en mi castillo!*, se repetía una y otra vez, sin dejar de andar de un lado a otro de su habitáculo, con la copita de licor entre sus dedos. Dos gallos en un mismo corral. Mal presagio. O se daba prisa en obtener la confesión o sería Humberto Güy quien le arrebatara la gloria. A pesar de que Tabares jamás había coincidido con el inquisidor enviado por Roma, ya lo odiaba en silencio.

De no ser por el hábito blanquinegro y por su tonsura reluciendo en su cabeza, bien se podría confundir a Humberto Güy con cualquier monje franciscano o agustino. Religiosos más apegados a la austeridad que los ostentosos dominicos. Su rostro era enjuto, de facciones duras, como el de quien tiene el ayuno por comida. Había dedicado los últimos treinta años de su vida a perseguir, dar caza y ajusticiar a las brujas. Su fama a la hora de conseguir las confesiones le precedía y era aclamada por Roma. Era tal la capacidad que poseía para obtenerlas que, si el mismísimo Belcebú, encarnado en mujer, se topara con él, este la firmaría *ipso facto*.

Como libro de cabecera siempre tenía, amén de la Biblia, el *Maleus Maleficarum*, de reciente publicación.

Huberto Güy no solo era austero en el vestir, con su ajado hábito dominico y sus sandalias, sino que también era parco en propiedades. Sus posesiones se limitaban a un jergón de paja, una jofaina, un orinal y un rosario adornado por un humilde crucifijo de madera. Accedió a poseer el orinal para así evitar abandonar su celda en las frías noches del invierno de la alta montaña. Siempre viajaba sin bolsa. Afirmaba que el dinero era una reencarnación del diablo. Pocos lo conocían y, quienes tuvieron el placer de coincidir con él, o colgaban de una soga, o habían perecido en la hoguera. El eco de su simple nombre turbaba el corazón de los fieles. Pero, sobre todo, el de los infieles, y más, si eras mujer.

La noticia de su pronta llegada al castillo de Cuenca revolvió, no solo, los estómagos de los reos que malvivían en ese penal, sino que también acrecentó la ira del propio obispo Tabares. Debía elaborar un plan. Aumentar las torturas. Lo que fuese menester con tal de verlas reclinadas ante sus pies. Su honra y prestigio dependían de ello. Además, debía hacerlo antes de que arribara el inquisidor de Roma.

## *Encuentro en el Puerto de Palos*

Muy al sur, atravesando el paso de Despeñaperros e internándose en tierras Andalucía, una calesa descendía por ese estrecho pasaje. Acomodados en su pescante viajaban Juliana y su renacido amor, Fermín Valdivielso. Dos hombres a caballo, Mario y Crispulo Padilla, los escoltaban.

Jornadas atrás, un alto cargo de la curia, y gran amigo de la infancia del hidalgo, le había hecho llegar una carta. En la misiva, su colega le explicaba que el obispo de Zamora, Bonifacio de Fermoselle, había solicitado al Obispado la presencia de fray Humberto Güy. Le necesitaba para solventar cierto asunto que concernía a Piscaria y a la familia Alcalá.

La primera vez que Fermín leyó la carta junto a Juliana, estando ambos sentados en el saloncito, el miedo recorrió sus venas. *¡Humberto Güy!* —se maldijeron—, sin dar crédito a lo que acababan de leer. Ese *santo hombre* era un monstruo que interpretaba las Sagradas Escrituras según su propia conveniencia. La familia Alcalá estaba sentenciada.

Pero, tras una segunda lectura, esta vez de forma más sosegada y dejando atrás la rabia, Juliana supo leer entre líneas. Terminada la lectura sonrió. Su mente pulió una idea. Donde su amado Fermín solo veía hecatombe y muerte, ella esculpió una solución que

resolvería, de un plumazo, todos los problemas que acechaban a la familia Alcalá.

—Es la mejor noticia que podíamos esperar. Ni yo lo habría planeado tan bien. Debemos estar agradecidos, pues los hados nos sonríen —dijo Juliana, dejando con cara de incrédulo a Fermín. Por más que este releía la carta, no encontraba las buenas noticias por ningún lado. No necesitó que su amada le explicara el plan, simplemente se limitó a asentir cuando Juliana le preguntó si confiaba en ella. Ese mismo atardecer mandó al servicio que pertrechara su mejor calesa. También ordenó avisaran a los hermanos Padilla.

Con las primeras luces del alba, Juliana, Fermín y los dos Padilla marchaban hacia el sur. Les esperaba una larga travesía. Con paso lento, pero decidido, pusieron rumbo al lejano puerto de Palos, en Huelva, la antigua Tartessos.

Llegados al pueblo de Santa Elena, se asentaron en la venta *La Cueva de los Muñecos* y allí, entre sus grasientas mesas, mantuvieron una conversación con Anselmo, un ilustre ebanista, famoso por la confección de delicados ataúdes.

—Tome usted, esto por su servicio —dijo Juliana alargándole una bolsa con varios doblones de plata.

—No, mi señora, esta paga es excesiva —respondió Anselmo devolviéndole la bolsa.

Anselmo era un hombre entrado en años, con ojos vivos, mirada serena y a quien le faltaban los dedos corazón y anular de su mano izquierda.

—Mi querido Anselmo —insistió Juliana ante la atenta mirada de Fermín—. Siga usted mis instrucciones al pie de la letra y, cuando regresemos, si todo está tal y como espero que esté, le haré entrega de otro tanto.

—No se preocupe usted, mi señora, serán los ataúdes más vistosos que jamás he realizado.

—No, querido Anselmo, no quiero ostentaciones, sino ataúdes de madera de pino, con formas simples, que no destaquen, que, si alguien se fijara en ellos, pasados cinco minutos, olvidara haberlos visto. Eso sí, deseo que cumplan fielmente con mis indicaciones. El doble fondo debe pasar inadvertido a cualquier ojo y, por supuesto, sus aberturas laterales tienen que permanecer bien disimuladas con fieltros y telas. ¿Queda claro?

—Como una mañana de verano. Le doy mi palabra de que los cadáveres que descansen en el doble fondo de esos féretros gozarán de invisibilidad. Déjelo en mis manos.

Terminada esta plática ajustaron sus monturas y buscaron la fragua del herrero.

Fermín extrajo un pergamino con un peculiar diseño dibujado en él, un arnés de hierro y cuero que soportaría un peso considerable. Dos doblones de oro más tarde, uno por el artificio y otro por su silencio, Juliana y compañía retomaban el camino hacia el puerto de Palos.

Era una noche fría, típica de mediados de otoño. El marinero que oteaba el horizonte desde lo alto del carajo, tiritaba. Su sobre todo apenas le protegía de ese viento racheado e inmisericorde que le abofeteaba la cara. Miró hacia babor y, a lo lejos, muy cerca del horizonte, divisó un suspiro de luz. Las olas golpeaban con fuerza sobre el cascarón de la carabela, por lo que tuvo que esforzarse en el grito.

—¡Tierra! ¡Tierra a la vista! —se desgañitó, mientras las gotas de agua de las olas salpicaban la cubierta del barco.

El eco de esa llamada atravesó las paredes del cascarón, penetrando en el camarote del capitán. Antes de incorporarse de su camastro, bostezó. Seguido estiró sus brazos y volvió a bostezar,

demasiadas jornadas de viaje. Aunque ese anuncio fuera una buena señal, sabía que aún restaban horas para que su carabela tocara puerto. Buscó entre sus pertrechos y, acompañado por el bamboleo de la nave, comenzó a vestirse.

Se encaló el calzón marinero, de hechura sencilla, ancho y abierto por debajo. Se cubrió el torso con una camisa de fina seda. Sobre esta, la almillá y por último la saltaembarca, coloreada y con ribetes dorados, holgada y cerrada con bufones de plata. Antes de abandonar el camarote se calzó las botas altas y se recolocó bien su bonete. Sabía que en esas horas de la madrugada el frío acechaba sin piedad.

Una vez fuera se acercó a la toldilla de popa. Miró en dirección a la verga mayor y, con el farolillo que portaba, hizo una señal al marinero que se hallaba en el carajo. Este le respondió con un grito:

—¡Sesenta grados a babor, mi capitán!

El capitán se dirigió a la verga de mesana y le ordenó al timonel que virara sesenta grados a babor y que mantuviese el rumbo. Seguido, dio una patada a un grumete que dormía al cobijo de unas lonas, ajeno a tal descubrimiento.

—¡Despierta al contraestre! Lo quiero en popa —le ordenó.

Con el sol del amanecer perfilándose por el horizonte, la carabela se adentró en una ensenada natural que protegía al puerto. Semiculto por la bruma, se vislumbraba el amarre y tras él, la alota, con su taberna, su almacén y la fonda. Ambas edificaciones estaban protegidas por un grueso muro de piedra.

Una pasarela ayudaba a marineros y mercancías a descender a tierra. Una vez terminada la descarga de las bodegas, la carabela fue cargada con fina loza de mesa, ladrillos y tejas. En escasas jornadas partiría de vuelta hacia las Nuevas Indias. A su diestra, un bajel llamado *El Temido*, con diez cañones por banda, alimentaba

sus bodegas con barriles de pólvora, balería de hierro y cajas de arcabuces y mosquetes. Los barcos que partían del puerto de Palos, por mor de la llamada *patente de corso*, tenían autorización para realizar cabotajes en el litoral africano. Y, en eso andaban, pertrechando sus bodegas con el armamento necesario. Su intención, saquear las ricas costas guineanas.

Antes de comenzar el vaciado del barco, un hombre y una mujer descendieron por la pasarela. Vestían costosos pellejos y el varón, de espaldas anchas y robustos brazos, cubría sus hombros con una capa confeccionada con la exótica piel de un extraño animal.

—Veo que, tal y como afirmabais en vuestras cartas, la vida os ha sonreído —dijo Juliana al ver la elegancia de sus trajes y la pila de maletas y sacos que unos grumetes montaban en sendos carros.

—No podemos quejarnos, venimos de tierras donde los buenos negocios abundan. Si eres espabilado y sabes buscarlos, no te será difícil hacer fortuna —respondió el corpulento varón fundiéndose en un entrañable abrazo.

La mujer que lo acompañaba lo imitó y abrazó a la anciana. Hacía tanto que no se veían.

—Supongo que ya conocéis a don Fermín Valdivielso —dijo Juliana, se leía la felicidad en sus ojos.

—¡Cómo no! El poeta... A mis brazos, querido Fermín.

—Veo, amigo Eneko que, a pesar del tiempo, sigues igual de bravucón. Maite, que ganas tenía de veros. Os fuisteis con una guerra y volvéis con algo peor, son tiempos difíciles —dijo Fermín que al lado de Eneko parecía un títere que podría romperse en cualquier abrazo.

—Cariño, no adelantemos acontecimientos —cortó Juliana asiéndole por el brazo y aferrándose a él. Seguido se giró y presentó a los recién llegados a dos mozos que los acompañaban.

—Y estos son los hermanos Padilla —añadió Juliana señalando a ambos personajes.

Crispulo iba a decir algo cuando la anciana le taponó la boca con su mano izquierda y señaló:

—Por desgracia, este es mudo y solo sabe asentir con la cabeza.

Crispulo la miró extrañado. *¿A qué venía eso?*

Su hermano, conteniendo la risa, se acercó hasta el fornido caballero, le estrechó la mano y apuntilló:

—Y vuestra merced no sabe la suerte que tiene de que así sea. Mi nombre es Mario, para servirle. Este es Crispulo. He oído hablar mucho de ustedes, los *bocinegros* —esto último lo dijo en un susurro, acercando su boca a la oreja del interpelado.

—Espero que no se crea todo lo que se habla —indicó con tono guasón Eneko.

—Vayamos a la fonda. Comamos, bebamos y descansemos, al menos hasta mañana. Tengo algo importante que contaros —añadió Juliana, dando la conversación por zanjada y sabedora que ninguna de las dos parejas de hermanos rechazaría un buen banquete.

—Sí, comamos algo. Si mi paladar siente una vez más ese sabor a calandra aderezada con almodrote, creo que vomitaré —rio Eneko.

Después de aplacar el hambre y recordar sabores olvidados durante la travesía, de saciar la sed con varias jarras de cerveza y agua-miel, comenzaron las narraciones. Los primeros que se decidieron a contar sus vivencias fueron los hermanos *bocinegros*. Narraron unas aventuras propias del mismísimo Ulises, donde tribus indígenas y el oro eran el principal atractivo.

Luego le llegó el turno a Juliana.

Los *johs!* iniciales de admiración, mientras los *bocinegros* relataban sus vivencias, dieron paso a otros *johs!* llenos de rabia, de impotencia, *johs!* que se acompañaron de puños cerrados, de

maxilares apretados y de palabras y juramentos de venganza. A medida que la anciana detallaba los entresijos de la trampa que les tendió Pedro Merino, las venas de Eneko se iban dilatando, transformando su mirada serena en odio. Ni los ojos de Medusa reflejaron tanta muerte. El culmen llegó cuando la anciana contó, con pelos y señales, la detención y posterior encarcelamiento de la familia Alcalá.

—Y entonces, los arrojaron dentro de un carro rodeado por barrotes y miseria —concluyó la anciana. En esos momentos, Eneko no pudo contenerse más y rompió de un puñetazo la mesa donde instantes antes habían disfrutado de ricas viandas.

Un arrebató de cólera recorrió la estancia.

Minutos después, la ira se fue despejando, y se retiraron a sus aposentos con la esperanza de que el nuevo día amaneciera con sus cabezas más frías.

Tras una noche infectada de fuertes rachas de levante, la mañana amaneció ventosa.

—¿Has dormido algo? —preguntó Maite a su hermano.

—No puedo quitarme de la cabeza la sonrisa de hiena que debió poner ese desgraciado. Me la imagino y me entra un... —respondió Eneko, apretando los maxilares hasta casi hacer rechinar las muelas.

—Ya has oído a Juliana, tiene un plan, confiemos en ella.

—Cómo le hagan un mínimo rasguño a mi nieta, juro que les sacaré la piel a tiras.

Un dulce toc-toc acompañó a Juliana. Sin esperar respuesta, la anciana abrió la puerta y se adentró en la habitación reservada para los *bocinegros*.

Los miró a los ojos.

Vio en ellos el reflejo de haber pasado una noche de insomnio, algo que ya se esperaba, de forma que mostró su rostro más alegre y optimista cuando les saludó.

Seguido, sin que la sonrisa se desdibujara de su cara, se acercó al jergón y dejó caer sobre él un hábito de dominico y otro de monja benedictina, con un velo negro anudado a la cofia. Un muchacho, de pelo fuerte y recio, la acompañaba. Portaba una palan-gana, un espejo y varios aperos de afeitar.

—Levantad ese ánimo, pues hoy da comienzo el rescate de la familia Alcalá —dijo casi cantando.

Se paró frente a Eneko y lo auscultó de arriba abajo. A pesar de la blancura de sus pupilas, Juliana tenía la virtud de ver cuando estimaba oportuno, pareciendo ciega a los ojos del resto de las gentes. Estaba orgullosa de ello, era su mejor disfraz. Esta tre-ta la había salvado de innumerables entuertos.

—Te ha tocado ser el ayuda de cámara —dijo la anciana fijando sus pupilas en Eneko—. Primero habrá que recortar la melena de la que tan orgulloso te sientes y afeitar esas barbas. Os presento a Pepe, el barbero de la comarca. No os dejéis engañar por su juventud, pues maneja la navaja mejor que tú la vizcaína.

—Y ¿qué peinado pensáis hacerme? —replicó Eneko, un tanto contagiado por el ánimo de la mujer.

—Uno que en nada va a gustarte. —Alguien llamó a la puerta.

—Somos nosotros. —Desde el otro lado se escuchó la voz de Fermín.

—Pasad, queridos míos —instó Juliana. Maite la miró confusa. *¿A qué viene tanto misterio? ¿Qué se traerá entre manos?*, se preguntó intrigada. Tan solo les había explicado que partirían hacia Cuenca con la intención de rescatar a la familia Alcalá. Era cuanto sabía.

El pobre Fermín había cambiado su delicada cabellera plateada por cuatro pelos conformando una tonsura. Lo mismo vio en las cabezas de los hermanos Padilla.

—¿Por qué venís vestidos de dominicos? —preguntó Maite.

—Os presento a Humberto Güy y a su compañera —dijo risueña la anciana ante la mirada resignada de Fermín Valdivielso y la complacencia de los dos hermanos Padilla.

Eneko se sintió incómodo, algo en su interior le decía que tendría que despedirse de sus trabajados cabellos. Con gesto de resignación, Fermín se encogió de hombros. Nunca se le pasaría por la cabeza llevarle la contraria a Juliana.

—En primer lugar, ¿quién es ese tal Huberto Güy? —preguntó Eneko.

—Es un enviado de Roma que extraerá a golpe de tortura la confesión de los Alcalá.

—Hay algo que me ha tenido intrigado toda la noche, ¿qué ha sido de Juan? ¿También lo detuvieron?

—No. Juan permaneció a mi lado todo momento hasta que se decidió por partir hacia las tierras de poniente, en busca de su amada...

—¿De su amada!? Juliana, ¿qué es lo que no nos cuentas? —insistió Eneko, perplejo por tal noticia. Habían pasado tantas cosas desde que partieron a las Américas.

—Tiempo habrá de que os cuente esa y otras historias, el camino es largo —apuntilló Juliana—. Ahora baste con deciros que hemos tenido que cambiar los planes iniciales. Nuestra primera intención era que tu papel fuese el de inquisidor, pero al ver tu porte, sin duda alejado del de un eremita que vive del ayuno, en fin... tu barriga delata que no eres uno de ellos. Sin embargo, querido Eneko, eso no te librará de repartir estopa. Tienes un nuevo cometido, serás el ayudante de Huberto Güy, harás del Sancho Panza del inquisidor.

Eneko miró al barbero. Portaba una palangana y varias navajas. Posteriormente miró su flequillo en el espejo, sin duda sería quien más iba a perder en esta historia. Seguido miró al pobre Fermín

que, encogiéndose de hombros, le indicaba que lo mejor era dejarse hacer. Por último, posó sus ojos en los de su hermana. Vio cómo esta se tapaba la boca para que no se notara una mueca irónica y alegre que se dibujaba en sus labios. A pesar de todo, no pudo evitar la risa cuando vio que su hermano rabiaba, más por perder su hermosa cabellera que por vestir de dominico.

*¿Cómo le puede dar tanta importancia a que le priven, por unas pocas lunas, de sus barbas y melenas?*, no terminaba de entenderlo.

—Todo tiene enmienda, mi querido Eneko—añadió Fermín al ver la cara de tristeza del hombretón—, solo lo que la muerte pliega, no hay quien lo despliegue.

—Juliana, ¿cómo haremos para que el verdadero inquisidor no se presente en el castillo? —quiso saber Maite. La anciana había acertado con el tallaje de su vestido.

—Estate tranquila, querida Maite, lo tenemos todo controlado. Debemos agradecer que no exista nada que el dinero no pueda solucionar. Antes de partir hacia estas tierras de olivos y azahar, envié un mensajero con una misiva al socio de Fátima, don Núñez de Okendo. Insté al jinete para que viajara ligero, que cambiara de montura en cada venta, el tiempo apremiaba. En la carta que le rogaba un favor al armador vasco, y, para asegurar su cumplimiento, la acompañé de unos pagarés —explicó.

—Ya me puedes perdonar, pero yo siempre me pierdo en tus arreglos —apuntó Eneko, levantándose del asiento. Pasó su mano por la cabeza pelona que le había dejado el tal Pepe.

—Ya os comenté que el tal Humberto Güy es un reputadísimo inquisidor de Roma. Una joya de persona —dijo esto con un tono tan irónico—. Añadiré que ese desgraciado es más cruento que el mismísimo Torquemada.

Esta última frase provocó el recelo en sus oyentes.

—Solo abandona su celda por orden expresa del Papa. En estos momentos se encuentra en Aviñón, enjuiciando a unas mujeres

que el obispo de la Provenza ha acusado de brujería. Las pobres desdichadas ejercían como comadronas. Pero el obispillo de turno defiende que la razón de que algunos de los bebés nazcan muertos, se debe a un contrato que ellas han contraído con el Diablo.

» El muy canalla afirma que Satanás *las* otorga favores y riquezas a cambio de la vida de esos inocentes. Ellas no lo saben, pero ya están condenadas, el juicio es una simple farsa que solo busca su confesión. Cuando termine la parafernalia que gusta montarse la Iglesia, el inquisidor se dirigirá al puerto más cercano, el de Marsella. Allí se embarcará en dirección a Valencia y luego, lo escoltarán hasta el castillo de Cuenca, donde se encuentran recluidas Fátima, Anabel y Benjamín.

» La fama e influencias de Núñez en el ámbito comercial es sobrada y las usará para averiguar qué barco tomará el inquisidor. A buen seguro tendrá que solicitar la devolución de algún favor o pedir nuevos. Pero tened presente que sabrá dar con el capitán del navío y lo convencerá para que la travesía se retrase lo máximo posible.

—¿Cómo piensa hacer eso? —preguntó intrigada Maite.

—Le pedirá que entregue ciertas mercancías en determinados puertos, obligándole a desviarse de la ruta habitual. Esto prolongará el viaje al menos media luna. Ese es el tiempo que tenemos para rescatar a nuestros amigos. ¿Alguna duda? —No hubo respuesta.

—Y nosotros, ¿qué haremos? —demandó Eneko.

—Ya os lo he dicho, vosotros fingiréis ser Humberto Güy y su cohorte de lameculos. Roma os ha enviado para obtener su confesión, así que vuestra misión consistirá en que Fátima y Anabel terminen quemadas en la hoguera.

—¡¡¿Quemadas?!! —replicaron al unísono los dos pares de hermanos, más extrañados que sorprendidos.

—Querrás decir que debemos salvarlas de morir en la hoguera, ¿no? —apuntilló Eneko.

—No, he dicho bien. La mejor manera de sacarlas del castillo es, estando muertas, o ¿cómo pensabais arrancarlas de esa fortaleza?

Les quedaba claro que había algo en el plan, que a ellos se les escapaba. La anciana no les explicó como saldrían muertas del castillo, pero había hablado con tanta vehemencia que prefirieron callarse.

Esa misma tarde, una caravana formada por varias mulas de carga y tres carros partía hacia Piscaria, donde los hermanos *bocineros* poseían una modesta casa, concretamente, en el llamado barrio de los Giles. A la vez, otro carromato, tirado por dos jumentos y acompañado por cuatro jinetes, ponía rumbo al noreste, hacia el castillo que la Inquisición poseía en Cuenca.